



# EL PESO ESPESO DE LA GLORIA

EDUARDO  
ESCOBAR

Lo que más sorprende en la vida de Gabriel García Márquez es el modo como lo quiere todo el mundo. Personas en desacuerdo en todo lo demás, como Fidel Castro y Bill Clinton, coinciden en la admiración por el autor de *Cien años de soledad*, una novela estrambótica que devolvió el género a los tiempos de *Las mil y una noches*, una osadía y un anacronismo después de los refinamientos de James Joyce y de Samuel Beckett, y de los narradores del objetivismo francés que habían convertido la novela en otra cosa, en una máquina armada más allá de todo sentimiento, con sutilezas intelectuales, analogías eruditas y esfuerzos descriptivos más propios del cine que de la literatura.

En una entrevista, García Márquez condenó a Arnold Schönberg y, extrañamente, a Stravinski, porque dijo que habían llevado la música a una crisis sin salida ni inspiración. Pero defendió a Bela Bartok, un compositor que, según confesó, él escuchaba incansablemente durante la redacción de *El otoño del patriarca* y que quizás influyó en su estructura. Esto

explicaría su decisión de escribir las novelas que escribió para rescatar el género de la técnica pura, y también su apego a lo que llamó la cultura popular que, según su propia declaración, está siempre presente en su obra desde el principio.

Amalgamando los vicios temáticos de Kafka, a quien conoció en la juventud, la andadura barroca de Faulkner, que debió enseñarle a leer su amigo Cepeda Samudio, las delicadezas del piedracielismo bogotano descubiertas en el colegio de Zipaquirá durante su penosa estadía en el altiplano cundiboyacense, y el gusto por los tangos y los boleros, García Márquez consiguió hacerse a una voz personal inconfundible, a un ritmo y a una manera de prosar que es al mismo tiempo canto y testimonio de la vida, y que le mereció un lugar de honor entre los grandes narradores del mundo, de acuerdo con la casi unánime opinión de los críticos y de los compradores rasos de libros.

¿Es probable que por las leyes de la compensación que para algunos rigen la existencia humana, el tributo amoroso que se le rinde en todas partes a García Márquez sea el premio de consolación por una infancia solitaria entre viejos, separado tempranamente de los padres, a quienes incluso dejó de reconocer y apenas aprendió a querer?

Su autobiografía narra cómo la vez que se encontró con su madre después de años de no verla descubrió que había olvidado cómo era. Y en la biografía de Gerald Martin, el padre es la sombra inodora de un extraño que lucha por vivir con obstinación, que cambia de vida cada semestre con constancia perezosa para acabar por enfrentarse con otro fracaso, con otra frustración cosechada sin ruido. Los dos, el padre y la madre, son unos seres ajenos a su vida. Y eso siempre entristece. El abuelo, que hizo para él de padre y madre, era además un personaje triste que una vez se había visto obligado a matar a un hombre.

A García Márquez todo le sucedió con la misteriosa naturalidad con que suceden las cosas en los cuentos de hadas y en los relatos de milagros, desde cuando se encontró con un fauno en un tranvía bogotano mientras él iba leyendo versos de Jorge Rojas, hasta cuando conquistó a punta de esfuerzos de mecanografía el afecto universal de los lectores, en chino y en swahili y en checo, en casi todas las lenguas surgidas en el

desorden de Babel. Pero el privilegio de la fama le vino cargado, para mantener la humanidad en su vida, con una desgracia enorme con la cual no se llevó bien siempre: la cruz dorada de la gloria. El hombre tímido que discurre como algunos caribeños melancólicos entre frases despedazadas dichas en tono de confidencia, el que había querido ser visible solo para sus amigos de Barranquilla, resultó involucrado en la farsa colosal de los honores del mundo a partir del día en el que en un teatro de Buenos Aires la gente recibió su ingreso en la platea con el chaparrón de un aplauso. Desde entonces las cámaras lo siguieron por los maderos de ron de Barranquilla y los comederos de butifarras de Cartagena con sus amigos del alma, mientras entraba en el Elíseo a cenar con un presidente francés, o camino al desayuno en su palacio con un rey hiperbóreo. Para defenderse, él dijo entre otras cosas que ese libro era tan solo una forma de mamar gallo, que lo había escrito para que sus amigos lo quisieran, que el libro fabuloso que le acarreó esa fama inmensurable no era otra cosa que un vallenato largo y hasta un amasijo de guiones de cine rechazados por los productores. Pero todo fue en vano. La gente siguió confiando en sus fantasías, los editores siguieron honrando su trabajo con ediciones millonarias y los periodistas contándole los pasos.

Gabito, como le dicen muchas personas que jamás lo vieron, pagó el cariño que vino a equilibrar las soledades de la niñez con los embrollos de una gloria de los cuales jamás dejó de quejarse. Aunque en el fondo alcanzaron a complacerlo al final: la gloria engolosina también a los poetas piedracielistas. Después de la celebración de su octogésimo aniversario, cuando se reunió en torno suyo, en un homenaje formidable, la tropa de sus amigos más destacados, incluidos un rey de España y un ex emperador gringo, le dijo a Gerald Martin, autor de la única biografía que aprobó de buena gana, con una incierta zumba de vanidoso: me encanta que hayas venido para que luego no digan que fue mentira. Con unas palabras que se pueden interpretar como un reproche póstumo al padre, al padre que solía repetir que el más glorioso de sus hijos había sido un mentiroso desde que estaba chiquito y que no entendía por qué hacían tanto alboroto a su alrededor cuando había otros escritores en la familia.

Una vez en un almuerzo bogotano conocí al mismo tiempo a García Márquez y cómo la crueldad de la gloria puede trastornar la vida de un hombre convirtiéndosela en una forma del aislamiento. Fue en la casa de Aura Lucía Mera. Como en todas las fiestas de Aura Lucía, Auralú, para sus amigos de confianza, aquella abundaba en señoras caleñas cada una más increíble que la otra, por las gracias espirituales, los atributos del rostro y las delicadezas de bulto, y había un montón de poetas y pintores y el vino corría a rodos. Nadie sabía que un Premio Nobel estaba invitado a la vespertina. La charla se animó a medida que transcurrió la tarde en un delicioso relajamiento fraternal: en las fiestas de Auralú, todos, aunque estuvieran allí por primera vez, se comportaban como viejos amigos. Y entonces sonó el timbre. Y una señora, la más hermosa de ojos, abrió los tesoros de los suyos como dos platos y musitó mirando al zaguán como si hubiera aparecido el diablo acompañado por el mismo papa: García Márquez. Y se arregló el escote y la falda mientras él entró en la sala, del brazo de un conspicuo caballero de industria de apellido vasco cuyo nombre olvidé, trajeado con una de esas chaquetas de cuadros de colores que le merecieron el remoquete de Trapoloco entre los choferes de la Arenosa y que después fue puliendo en el trato con los poderosos.

Y se acabó la fiesta. Todo el mundo se puso a hacer un papel. O como quien dice, todos los invitados extraviaron su autenticidad, lo que de veras eran en el fondo todos los días, y vistieron la más solemne entre la colección de sus caras sociales. Yo traté de distender el ambiente con una trivialidad. Pero nadie me oyó. Porque todos los poetas estaban empeñados en pronunciar alguna frase inteligente, y todas las señoras estaban tratando de convencer al autor de *Cien años de soledad* de que había contado sin querer la historia de su propia familia (todas las familias creen lo mismo), de modo que el de Aracataca comenzó a transpirar aburrimiento. Y puso un gesto de lástima indecible mientras se rascaba la coronilla con el dedo del corazón, los ojos puestos en el cielorraso.

Recuerdo que a la hora de pasar a manteles, mientras servían el ajíaco, los invitados comenzaron a ocupar por turnos el taburete contiguo al del maestro para tomarse una fotografía junto a él. Recuerdo que él soportó el ritual con una cortesía

salpicada de fastidio. Y que empezó a chorrearle por los poros el tedio de estar vivo. Y recuerdo que comenzaron a decolorarse los cuadros de la chaqueta estrafalaria como acosados por un ácido invencible. Al fin, el hombre aprovechó, cuando el fotógrafo hizo una pausa para cambiar el rollo exhausto de la cámara, para huir a la cocina. Y allí se sentó a descansar del acoso, detrás de la nevera, con su plato y su servilleta, en la mesa de picar las cebollas, con una cantante que le sirvió de cómplice en la fuga, una muchacha llamada Rosario o Amparo y que me dijeron que cantaba.

Me enorgullezco de mi gesto humanitario. Cuando un amigo mío que desvive por las fotografías me invitó a hacerme la toma de rigor, yo me negué en redondo, por respeto conmigo mismo y con el homenajeadado, y dije, a ver si alguien me atendía: dejen tranquilo a ese pobre señor, por Dios, que lo van a matar de pena. Dejen que se prepare tranquilo para su ajíaco. Y me parece que García Márquez me escuchó, porque me miró con ojos de ternero agradecido. Y si no fue así, debió hacerlo.

Otro día me gustaría discutir otra gracia que el cielo le concedió a García Márquez, compensatoria también, quizás, de la soledad y las adversidades de la gloria. Es decir, la dicha de su monogamia conmovedora. La fortuna salomónica de haber conservado hasta la vejez el amor de la misma niña que amó desde que ella era una Lolita de tierra caliente y él un muchacho pobre sin destino visible, más parecido al hombre de la guacharaca de un conjunto vallenato que al mayor genio del piedracielismo. Entonces su mejor amigo era Plinio Mendoza, y ninguno de los dos sospechaba que obtendría el reconocimiento universal, la riqueza y la fama olímpica, que no deben ser más fáciles de llevar para las esposas de los escritores, por costumbre animales tan difíciles de domar y de retener, según nos enseña la lección de la historia. ■

---

*Eduardo Escobar* (Colombia)

Nació en Envigado y fue uno de los integrantes del núcleo fundador del movimiento nadaísta. Ha publicado libros de poemas, cuentos, ensayos, y es colaborador habitual en las revistas *Sobo*, *Credencial* y *Cromos*, y en algunos periódicos nacionales, como *El Colombiano* de Medellín, *El País* de Cali y *El Tiempo* de Bogotá. Su columna en *El Tiempo* ganó hace años el Premio Simón Bolívar. Su último libro, *Cuando nada concuerda*, una serie de ensayos sobre la literatura del siglo XX, acaba de ser publicado por Siglo del Hombre Editores.